

Entonces Luis XV propuso de nuevo la cuestión tantas veces suscitada de hacer independiente á la Italia para quitar de una vez las continuas ocasiones de guerra: la Lombardia debía ser repartida entre Venecia, Génova y el Piamonte; la Toscana quedaba bajo el gobierno de sus ciudadanos, y ningun príncipe de Italia podría tener posesiones fuera de ella. La ambiciosa Farnesio desconcertó todo el plan, y por último, los reyes se pusieron de acuerdo en la paz de Viena.

Por lo concerniente á Italia la posesion de la Toscana fué confirmada al duque de Lorena, y en compensacion de esta presa Don Carlos recibió las Dos Sicilias y los puertos del Estado de Siena, con Puerto Longone. Liorna fué declarada puerto franco: el rey de Cerdeña recibia los territorios de Novara y Tortona, cercenados del Milanesado, y la supremacia feudal en las Langues: Parma volvia al emperador, y los Farnesios al abandonarla llevaron consigo las riquezas de su casa y herosearon á Nápoles con las obras de arte reunidas por sus antecesores. Aun se tenian las armas en la mano cuando la guerra de Sucesion austríaca vino á causar un nuevo sacudimiento en Italia y á reanimar todas las ambiciones. Carlos Manuel presentó sus derechos al Milanesado, y se puso de acuerdo con Francia para repartirlo; pero reflexionando despues que no le convenia que Francia prevaleciese en Italia, se obligó con

1740. María Teresa á defender la Lombardia, con la singular reserva de poder romper su alianza avisándose con un mes de anticipacion. Venecia quiso permanecer neutral, no obstante que María Teresa la amenazó con levantar á la espalda los ladrones de Signa. Traun, gobernador de Lombardia, insultó al duque de Módena, de modo que le hizo enemigo de la emperatriz (1). Nápoles se armó para auxiliar á España que deseaba apoderarse de Milan y Parma; y el duque de Montemar que tanto habia contribuido á la conquista de aquel reino, desembarcó en Orbitello, y uniéndose á las tropas napolitanas, entró en el territorio de la Iglesia. Los Españoles en Roma para enganchar soldados empleaban todo linaje de seducciones y violencias, de suerte que el pueblo irritado al ver que le arrebatában los maridos, los hijos, los padres, se levantó, y con piedras, terrible arma plebeya, hizo frente á los fusiles y á los cañones y obligó á darse á partido al enemigo y á licenciar á cuantos se habian incorporado en los regimientos españoles. Estos descargaban su venganza en los campos, pero la pagaron con sangre. El cardenal Alberoni, que no podia olvidar la política, propuso que se opusiese á

(1) En 1707 fué repuesto en el ducado Reinaldo de Este, que adquirió la Mirandola (1710), pero desesperó de obtener á Comachi cuando el emperador abandonó sus pretensiones con el papa. En la guerra entre los Franco-Hispanos y el emperador, Módena fué ocupada por el mariscal Maillebois (1734), cargándola de contribuciones. Reinaldo se retiró á Paris, despues fué repuesto en su capital (1736), y al año siguiente le sucedió Francisco III.

los extranjeros la alianza de todos los príncipes italianos á cuya cabeza estuviera el pontífice; pero este se contentó con decretar un jubileo.

La lentitud inexplicable del duque de Montemar permitió á los aliados rehacerse; Carlos Manuel siguió al duque de Módena, llegó hasta Bolonia, y Lobkowitz, dando caza á los Españoles, mostró todavía á los Romanos un ejército de Bárbaros y se dirigió hácia Nápoles, difundiendo una proclama de María Teresa llena de promesas. El pueblo y los nobles, indignados de que se probase su fidelidad, se agruparon al rededor de su rey como al rededor de aquella se habian agrupado los Húngaros; Carlos voló á su defensa, sin consideraciones al territorio neutral, y en Velletri derrotó á los Austríacos. El conde de Gages, enviado en reemplazo de Montemar, consiguió tambien rechazar á estos, haciendo horrible su camino por los desertores que iba dejando ahorcados, y al mismo tiempo la peste assolaba los dos campos.

Francia abrazando abiertamente el partido español, envió ejércitos al otro lado de los Alpes; diéronse grandes batallas en que alternativamente fueron derrotados todos los príncipes: los Españoles, con el infante Don Felipe á la cabeza, tomaron por dos veces la Saboya y ocuparon á Tortona, Pavía, Valencia, Asti, Casale. Carlos Manuel se vió obligado á salir á la defensa de su territorio y fué derrotado en Bassignana; pero se rehizo con la victoria de Plasencia, alcanzada sobre Españoles y Franceses y despues de la cual ocupó la mayor parte del Genovesado y el Finale.

El marquesado del Finale habia pasado de la familia del Caretto á los Españoles, los cuales le unieron al ducado de Milan. Cuando los Franceses salieron de Italia en 1707, los imperiales se apoderaron de él, y despues Carlos VI en 1713 lo vendió á Génova por 1.200,000 francos, como feudo dependiente del imperio; el tratado de la cuádruple alianza en 1717 confirmó á Génova la posesion del Finale, y lo mismo hizo el tratado de Viena de 1725. Sin embargo, María Teresa en 1743 le cedió al rey de Cerdeña como parte de sus bienes, bajo el único título de que al Piamonte le importaba tener inmediata comunicacion con las potencias marítimas.

No era ya Génova la señora de los mares, pero conservaba caracteres generosos, actividad, amor á la libertad; la aristocracia dominante no excluía al mérito, se acordaba de su origen plebeyo; sus capitalistas poseían hasta 14.000,000 de renta en los bancos de Francia. Protestó, pues, contra tal usurpacion, y habiéndose unido á Francia, España y Nápoles por el tratado de Aranjuez, facilitó á los Borbones el paso para la Lombardia. Pero despues de la victoria de Plasencia, los Austríacos ocuparon á Génova, abandonada por los aliados, que con dolorosos incentivos habian lisonjeado su inerme tranquilidad.

Los Alemanes se habian distinguido en aquella

Sublevacion de Génova.

campana por su ferocidad y avaricia, y en Génova se mostraron peores, estimulados por el marques Botta Adorno, su general, disgustado de que aquella fuese su patria. Impuso, pues, condiciones cual nunca se impusieron á ciudad vencida, exigiendo la entrega de todas las puertas, de los fuertes y de las armas; que los ejércitos austríacos tuviesen libertad para atravesar las tierras de la república: el dux y cuatro senadores debian pasar al mes siguiente á Viena para pedir perdon de lo que es un derecho sagrado, de defenderse contra los agresores. En el acto debian pagar 50,000 genovinos para contentar á los soldados, y para igualar la clemencia de la soberana, fijó la contribucion de guerra en 9.000,000 de florines que debian pagar dentro de quince dias bajo pena de saqueo. Si Génova se hubiera confiado á su plebe, no hubiese tenido que sufrir tan viles condiciones. Un buque inglés, aliado de los Austríacos, cerraba entretanto el puerto imponiendo contribucion, ó mas bien robando las naves que llegaban, lo cual amenazaba á la ciudad con una hambre irreparable. No por esto se saciaba la brutalidad enemiga, y aumentaba sus exigencias á medida que se hacian concesiones; el torpe Botta respondia á las reclamaciones: « Dejaré á los Genoveses ojos para llorar. »

¡Infame! aun quedaba algo que hacer al pueblo; y habiendo levantado un Aleman el palo contra un muchacho del vulgo, este comenzó el movimiento auxiliado por los suyos, y desde el barrio de Portoria se extendió impetuoso por la ciudad. Los Croatas, los panduros y los demas verdugos feroces sucumben; mujeres y niños arrastran los cañones hasta donde jamas se hubiera creído que pudieran llevarlos; improvisados artilleros, improvisados carabineros, muestran que saben vencer y regularizar la victoria. Los frailes y los clérigos predicán misericordia, pero no flaqueza; y aquel Botta que con sus fanfarronadas habia desafiado al pueblo, comprende á su costa todo lo que vale, y lleno de rabia y vergüenza se ve obligado á retirarse. El grito de *Viva Maria* anuncia la salvacion de Génova.

Con aplauso universal se vió llegar al dia quinto; los Alemanes de la Riviera se retiraron de esta parte de los Apeninos, y asegurada la victoria, nobles y plebeyos no hicieron mas que un partido. Mucho se indignó con esto María Teresa, y envió refuerzos para castigar al pueblo por aquella fidelidad que en los Húngaros habia aplaudido, y que llamaba rebelion. La Europa se admiraba de aquel heroísmo inesperado en medio de la debilidad del siglo; pero aliándose los gobiernos con el fuerte, á pesar del interes que mostraban por el débil, aquella admiracion habria sido infructuosa, si su interes no hubiese inducido á España y á Francia á sostener la causa de Génova. Francia envió oficiales y armas, y mientras el conde de Schulenburg-Oyenhausen sitiaba á Génova rigorosamente por

tierra y los Ingleses por mar, el duque de Bouffleurs sostenia con su experiencia el valor del pueblo, que al fin vió disiparse la tempestad. El duque de Richelieu, sucesor de Bouffleurs, tuvo ya poquísimos que hacer; pero no retiró las tropas hasta despues de dejar establecido el gobierno oligárquico. El pueblo habia salvado la patria; el pueblo habia vencido á los enemigos; la aristocracia le volvió á poner bajo el yugo.

Al fin los reyes, cansados, si no saciados de hacer tanto mal á la pobre Italia, firmaron la paz en Aquisgran (1). El objeto de tanta efusion de sangre se habia conseguido: María Teresa, aunque hembra, heredaba los Estados de su padre, aunque debia pagar el auxilio que habia obtenido cediendo al rey de Cerdeña el Alto Novares, el Vigevanasco y el país situado al otro lado del Po; el Finale fué restituido á Génova con su antiguo territorio; los ducados de Parma y Plasencia con los de Guastalla, Sabionetta y Bozzoio, donde se habia extinguido la línea directa de los Gonzagas, se adjudicaron al infante Don Felipe, hermano de Don Carlos, y á este último se le confirmó en la posesion del reino de las Dos Sicilias, que con él salió de la infeliz condicion de vireinato dependiente de reyes lejanos en que habia estado por espacio de tres siglos. La Francia, que se habia hecho protectora de los débiles, nada reservó para sí.

Francisco III de Módena, que despojado de sus Estados se habia refugiado en Venecia, volvió á ellos, y los encontró aumentados con el señorío de Novellara por la extincion de los Gonzagas que lo habian tenido. Despues pasó á Lombardia como administrador del archiduque Fernando. Hércules Reinaldo, su hijo, se casó con María Teresa, heredera de Alberico II, de la casa Cibo-Malaspina, último duque de Massa y príncipe de Carrara, la cual habiendo muerto sin hijos varones, dejó sus dominios á María Beatriz de Este. Inmediatamente los Austríacos formaron su plan sobre esta pingüe herencia, y casaron á Beatriz con Fernando Carlos, hijo de María Teresa, de cuyo matrimonio salió una nueva dinastía de duques de Módena, que ha querido ligarse con memorias italianas llamándose Casa de Este.

El pueblo italiano, así en la guerra como en la paz, no habia intervenido mas que para padecer; sin embargo, los celos reciprocos de las potencias hicieron que no quedase sujeto á la dominacion extranjera mas que el Milanesado, y aun ese no completo.

El reino de las Dos Sicilias gozaba de suelo feraz; sus habitantes tenian gran viveza de espíritu, sus fronteras estaban bien deslindadas, sus puertos bien situados; tanto que bastaba que cesara la opresion para que desapareciese

(1) Aquel dominio habia pasado á Antonio Alberico, marques de Malaspina, en 1441. Extinguida su dinastía, Ricarda, su heredera, se casó con Lorenzo Cibo, sobrino de Inocencio VIII, y en su consecuencia pasó este feudo á la familia genovesa de los Cibos.

Tratado de Viena. 1739. 8 de noviembre.

1742. 10 de febrero.

40 de agosto. 1734.

5 de diciembre.

10 de diciembre.

Finale

1716

Tratado de Aquisgran. 1748. 18 de octubre.

Módena

1780.

1771.

Dos Sicilias.

1735.

el deplorable contraste que formaba la hermosura natural del territorio con su infelicidad política. Carlos (1) de España al subir al trono no encontró en el país ni caminos, ni puentes, ni fábricas; el sistema monetario se hallaba en el mayor desorden, el comercio de granos agobiado bajo multitud de trabas; las dehesas reales abrazaban una superficie de cincuenta millas de de largo, y quince de ancho, en la cual estaba prohibido plantar un solo árbol; los bienes comunales comprendían una inmensa extensión de terreno; ni podían cercarse las tierras particulares por estar gravadas con la servidumbre de pastos: feudos, fideicomisos, privilegios de caza, de hornos, de molinos, ligaban la propiedad y multiplicaban las gabelas, los pleitos, los leguleyos. Contábase hasta diez mil feudatarios, esto es, opresores del pueblo que tenían el derecho de nombrar jueces y gobernadores, y que imponían peajes, diezmos, servicios corporales y primicias: ascendía á treinta mil el número de frailes, á veintitres mil el de monjas, á cincuenta mil el de clérigos seculares, todos con posesiones ricas y exentas de cargas. En cambio no había un solo tribunal de justicia en catorce provincias, mientras que se calculaban en muchos millares los asesinatos que se cometían anualmente, y en treinta mil el número de ladrones. Los envenenamientos eran tantos en la capital que hubo de instituirse una *junta de venenos*, y entretanto las cárceles no tenían dentro de sus paredes mas que contrabandistas ó infractores de las ordenanzas de caza, pesca, etc.

Carlos, coronado en Palermo (1736), se dedicó á reparar estos males y mejoró las fortalezas, la hacienda, los procedimientos judiciales, la moneda y los estudios; nombró un *magistrado de economía* con el encargo de proponer los medios de reanimar el comercio y las rentas públicas, y con solo examinar la legitimidad de las exenciones del clero, aumentó en tres millones los ingresos del Erario. Isabel Farnesio, reina de España, queriendo que su hijo Carlos se presentase dignamente en su capital, le envió seis millones de reales para que con ellos recobrase muchos feudos y dominios hipotecados. Los jabeques napolitanos, mandados por José Martínez, combatieron contra las galeras berberiscas con valor igual al de los caballeros de Malta; Carlos obligó á cada provincia á formar un regimiento de milicias con oficiales escogidos entre las primeras familias, á quienes de esta manera sacaba de sus castillos para hacerles adictos á la nueva dinastía. Estos regimientos en la campaña de Velletri mostraron contra los Austriacos un valor digno de la antigüedad. Viendo cuánto había favorecido á Liorna la actividad de los Judíos, los acogió y dió privilegios en sus Estados; estipuló con la Puerta en favor de sus súbditos los mismos derechos que tenían los de

(1) VII de Nápoles, despues III de España, es conocido bajo este titulo.

las demas potencias, y consiguió establecer en el tratado que se respetarian por los Berberiscos la bandera y las costas napolitanas. Nombró cónsules en todos los puntos adonde se dirigian las mercancías; fundó lazaretos y un colegio naval; pero siguiendo las ideas de la época, creyó hacer un beneficio al comercio gravando con derechos de importacion las mercancías que entraban en el reino.

La situación de Sicilia había sido mala bajo el dominio de Felipe IV de España, horrible bajo el de Victor Amadeo de Saboya, á quien había sido cedida, y no mejor bajo el del emperador Carlos VI, que la obtuvo en compensacion de la Cerdeña. Infestada en las costas por piratas, en lo interior por bandoleros, y trastornada por las excomuniones pontificias, los lazos feudales la tenían aun mas estrechamente ligada que á Nápoles, contando ademas con 63,000 clérigos entre regulares y seculares en una poblacion que apenas ascendía á 1.200,000 habitantes. Carlos III, restablecida la tranquilidad, la dió á gobernar á una junta compuesta solo de Sicilianos, determinando que únicamente á estos se confriesen los beneficios eclesiásticos, y no reservándose mas que el nombramiento del arzobispo de Palermo. En la terrible peste de Mesina de 1743 la socorrió tambien con víveres y medios. Mediante un concordato con el papa, restringió los privilegios clericales, el número de clérigos, el fuero eclesiástico y el derecho de asilo. Quedaban los obispos con el de jurisdiccion para la conservacion de la fe; pero habiendo procesado el arzobispo Spinelli á cuatro ciudadanos acusados de herejía, el pueblo, creyendo que se trataba de introducir en la isla la Inquisición española, se amotinó; y Carlos, anulando los actos del Santo Oficio, mandó que el tribunal eclesiástico procediese por la vía ordinaria, y no dictase providencia ninguna sin comunicarla á la potestad civil.

Las leyes del país eran un confuso y extraño amasijo de derecho romano, bárbaro, árabe y normando: decretos de los duques de Anjou, constituciones aragonesas, pragmáticas de los vireyes, prácticas consuetudinarias del país. A pesar de ser tanto el farrago, con frecuencia se presentaban casos no previstos, y entonces el juez era el árbitro de la vida y del honor. Por otra parte, no había reglamento que marcara el modo de proceder en los juicios, y estos no estaban sujetos á publicidad. Carlos puso remedio á tamaños males, ayudado por Pascual Cirillo, publicando el código carolino, mas laudable como tentativa que por los efectos que produjo.

Carlos enunó los beneficios que sus medidas habían producido en el decreto en que instituyó la orden de San Genaro, en el cual atribuyó á este santo patron el mérito de aquellas. En todo lo aconsejaba Tanucci, que, siguiendo el liberalismo del siglo, queria debilitar á la aristocracia y al pontificado; pero no conocia el creciente poder de la clase média, ni se cui-

CAPÍTULO XXIX

La Reforma.

La Italia, que por espacio de medio siglo había sido teatro de batallas, tanto mas desgraciadas cuanto que su espada no había intervenido en ellas, se acomodó en la paz mas larga que recuerda la historia (1748-1796) á la dominacion de nuevas dinastías que le habian sido impuestas por la fuerza, pero que daban señales de querer reparar los daños causados por las dinastías anteriores. Los Italianos, motejados de tendencias á la doblez y al disimulo, vicios del oprimido, no tuvieron parte en la política dirigida por sus príncipes; cuando mas, se ocuparon en la administracion civil y judicial bajo autoridad extranjera y con leyes extrañas. Habiendo cesado de temer y de esperar, quedaron sumidos en cobarde inaccion; una frívola cortesanía reemplazó al franco trato antiguo, y necios amores y fatua galantería afeminaban á los hombres.

En Lombardía, durante la dominacion española, las mujeres habían vivido cuidadosamente apartadas de la sociedad de los hombres, y habiendo reunido una vez el duque de Osuna en Milan la nobleza de ambos sexos, dió tanto que decir con esto, que se guardó muy bien de renovar el experimento. Pero el príncipe de Vaudemont, último gobernador á nombre de España, educado á la francesa, reunía con frecuencia á los nobles, ya en la ciudad, ya en una quinta que poseía en los arrabales, y que adquirió galante renombre. Entonces se introdujo la costumbre de los cortejos, último grado de depravacion, pues que perseguía al hombre en lo interior de su casa, y daba á la mujer otro confidente que no era el padre de sus hijos; confidente reconocido de público y hasta estipulado en los contratos nupciales. Segun se dice, semejantes relaciones no tenían ni aun la fuerza que suele dar el vicio; pero debían corromper en extremo, haciendo á las mujeres buscar la felicidad fuera de los goces de la familia, y á los hombres malgastar su vida entera en agradar y servir á la dama elegida por conveniencia, no por amor, y obsequiada por ostentacion, poniendo á la voluntad adormecida bajo el yugo de la moda, de una moda que sofocaba á las personas con vestidos incómodos, y las sujetaba por espacio de muchas horas diarias á la industria del peluquero.

Los bienes que no estaban estancados en manos muertas se hallaban ligados con fideicomisos ó acumulados en poder de un primogénito, al cual correspondía toda la herencia, no quedando otro arbitrio á los demas hijos, sino el de hacerse clérigos ó arrastrar de mesa en mesa y de ciudad en ciudad su inerte y ambiciosa indigencia. Ejército no existía verdaderamente, pues se reducía todo á algun regimiento

daba por tanto lo necesario de la milicia, del comercio, de la division de las propiedades, de la moderacion de las reales prerogativas, ni de la necesidad de sustituir la lealtad á los artificios de los curiales. Tanucci era otra de las medianías ensalzadas hasta las nubes por los dispensadores de la fama.

Cuando en la guerra de 1743 Carlos envió su ejército con el Español contra el Milanesado, se presentó de improviso (19 agosto) delante de Nápoles una escuadra inglesa, y el vicealmirante Matthews, con el reloj en la mano, amenazó, que si dentro de dos horas el rey no enviaba la orden para retirar las tropas, mandaría bombardear la ciudad. Fué preciso á pesar de la indignacion obedecer, y esta humillacion hizo tal mella en el ánimo de Carlos, que tuvo la idea de trasladar la residencia real á lo interior, donde no hubiera semejantes peligros. Comenzó entonces en Caserta un edificio muy maravilloso, si se considera el breve tiempo empleado en fabricarlo, donde el arquitecto Vanvitelli, aprovechando los restos de la inmediata Capua, del no lejano Pozzuoli y de los mármoles en que abundan la Pulla y la Sicilia, formó un sitio de delicias, rivales de Versalles en magnificencia, superiores en situacion y en gusto, y enriquecidas perennemente con un verdadero río, que atravesando montes y valles por un larguísimo y admirado acueducto, entra en sus jardines formando un torrente y descendiendo despues en cascadas.

Para entregarse á los placeres de la caza, pasión que en él rayaba en vicio, construyó Carlos otro sitio real con grandes parques en Capodimonte y otro en Portici, y á los que le advirtieron que este último estaba al pié del Vesubio, contestó: *La Virgen y San Genaro cuidarán de nosotros*. En la capital hizo fabricar el teatro mas vasto del mundo (1757). Aun mas digna de aprobacion es la idea que llevó á cabo de construir un albergue de pobres, donde los indigentes no solo encuentran asilo y sustento, sino tambien instruccion en toda clase de oficios, con lo cual se preparó el camino para la desaparicion de los *lazzaroni*, oprobio de aquel admirable país. Otro hospicio fundó tambien en Palermo.

Fué un portento, y al mismo tiempo un gran testimonio de la riqueza de Italia, el ver á Carlos llevar á efecto obras y planes de tal magnificencia, cuando acababa de salir la nacion de dos guerras desastrosas y una prolongada languidez servil. Muerto Fernando VI de España, Carlos fué llamado á sucederle, y Nápoles perdió aquel monarca que por espacio de veinticinco años la había restaurado con verdaderas mejoras, y lisonjeado con mayores esperanzas.